



documentos

CSUPE
ETEEC
ESIEC

- TERCER MUNDO, ECONOMISTAS
- ECONOMISTAS, TERCER MUNDO
- CONGRESO DE ECONOMISTAS, TERCER MUNDO

T ↓

**Primer Congreso de Economistas del
Tercer Mundo**

(Argelia, febrero de 1976)

**DISCURSO INAUGURAL DEL MINISTRO DE LA ENSEÑANZA
SUPERIOR DE LA INVESTIGACION CIENTIFICA**

El primer Congreso de Economistas del Tercer Mundo, cuyos trabajos tengo el honor de inaugurar, se celebra en el umbral del último cuarto de un siglo denso de lucha y de esperanzas, de progreso y de opresión, en un lugar donde los desheredados de este mundo han expresado solemnemente su voluntad de

liberación total y de participación en la construcción de un mundo más justo y más humano.

De ahí que este Congreso tenga el valor de un símbolo y que su significación no pueda ser exclusivamente científica, aunque la ciencia pueda definirse sin referencia alguna a los valores sociales

y políticos que le dan su verdadera dimensión. El ejercicio de la ciencia es un acto de compromiso, ya sea éste claramente expresado o bien aparezca en la filigrana de las reflexiones del sabio.

El propio tema del Congreso: *Materias primas y desarrollo y nuevo orden económico internacional*, sitúa a los participantes en el corazón mismo del nuevo combate que los pueblos antiguamente dominados están librando para escapar a eso que muchas veces se ha descrito como el círculo vicioso de la pobreza y del subdesarrollo, y que no es sino el resultado de siglos de explotación y opresión.

Es cierto que en el curso de los treinta últimos años el mapa político del mundo ha sufrido profundas transformaciones. Las antiguas colonias de las potencias europeas han conquistado su independencia política; el último imperio colonial se ha derrumbado hace apenas dos años, mientras que los nostálgicos del antiguo orden y los turiferarios del racismo y de la discriminación racial intentan un combate de retaguardia contra el pueblo de Angola.

Poco a poco, Palestina vuelve a surgir a la vida internacional gracias al coraje de su pueblo, cuya lucha de liberación jamás se interrumpió desde hace tres décadas.

Puede, por tanto, hacerse un balance positivo de la lucha librada por los pueblos para su emancipación política.

No obstante, se ha puesto rápidamente de manifiesto que el sistema internacional de colonización y explotación podía acomodarse a la independencia política y formal de los pueblos que había

dominado; ha dado muestras de una gran capacidad de adaptación y ha conseguido sacar provecho de las independencias recientemente recuperadas, esforzándose por mantener intactos sus intereses materiales y sus posiciones económicas.

La situación de dependencia económica en que el sistema imperialista coloca actualmente a estos pueblos contribuye a mantenerlos en un estado de subdesarrollo que reduce a la nada su independencia política.

Los pueblos han comprendido que la lucha violenta, que conduce a la recuperación de la personalidad política, no es más que una etapa del combate por la liberación total. La fase actual es todavía más crítica, porque la lucha reviste una forma aparentemente menos cargada de violencia, más solapada y más sutil. El combate ha pasado de las dimensiones institucionales, en que se trataba para los pueblos de reconstruir su Estado y hacerse dueños de su control, al nivel económico donde la determinación se basa en un análisis profundo de los mecanismos ocultos de la explotación económica que frena el acceso de los pueblos al desarrollo.

En este nuevo combate, el imperialismo sigue una estrategia planetaria, que corresponde a las dimensiones de sus intereses. Estos le exigen organizar la explotación económica de los pueblos de tal manera que pueda controlar totalmente los mecanismos de la economía mundial y la evolución política del planeta.

Así pues, los pueblos explotados no pueden estar seguros de la victoria en su combate de liberación económica

nás que en la medida en que lleven a cabo su acción en un amplio frente que englobe a todos los países afectados. A la estrategia imperialista de explotación deben ellos oponer una estrategia igual de liberación económica, que constituya la última etapa de la independencia política y se identifique cada vez más con la lucha por un nuevo orden económico internacional.

No obstante, los representantes del antiguo orden económico no dejan de reaccionar contra la voluntad de emancipación de los países que luchan por una organización económica internacional más justa. Estos países son objeto de presiones de todas las clases, que van desde las tentativas de asfixia económica hasta la intervención militar, pasando por las amenazas, intimidaciones, complotos y organización de golpes de Estado. Los avatares de la lucha de los pueblos del Tercer Mundo son la mejor ilustración de esta nueva versión de la política de "contención". Baste recordar el derrocamiento del poder democrático en Chile, la guerra de Indochina, y, todavía reciente, los complotos fomentados contra el pueblo árabe o los organizados contra el pueblo de Angola. La guerra contra el pueblo saharahuí forma parte de esta estrategia global del imperialismo y sus aliados con vistas a la dominación y explotación de este pueblo que, por su acción cotidiana, está demostrando su voluntad de vivir independiente. Al propio tiempo, amenazas cada vez más insistentes son esgrimidas contra la Revolución Argelina para intentar hacer enmudecer esta voz que se eleva en pro de la libertad de los pueblos oprimidos y explotados.

Estos sucesos vienen a demostrar, si todavía fuera preciso, que el imperialismo no ha renunciado a basar su política de dominación en el uso de la violencia, a fin de mantener un *statu quo* que le sea favorable. No es extraño que, en la presente coyuntura, sea blanco Argelia, que manifiesta su voluntad inflexible de movilizar todo su potencial para salir del subdesarrollo y, al propio tiempo, contribuir al establecimiento de un orden económico más justo. Esta misma determinación y la fidelidad de la Revolución Argelina a sus compromisos son a los ojos de los imperialistas actos de provocación y graves amenazas contra sus intereses. No pueden dar mejor prueba de sus preocupaciones y de su miedo ante un esforzamiento del frente de los países del Tercer Mundo que esa tensión que mantienen en nuestras fronteras. Esto no puede sino alentarnos a mantenernos en el camino de la solidaridad e insistir en nuestra resolución de perseguir sin desmayos nuestros objetivos, sean cuales fueren los obstáculos y dificultades que se nos coloquen en el camino de nuestra revolución.

Aprovechamos esta ocasión para expresar una vez más nuestra solidaridad con el pueblo saharahuí, que está llevando a cabo una lucha de liberación al igual que todos los pueblos que sufrieron el yugo colonial y que empieza a llenar de asombro al mundo por su valor, su abnegación y su firme voluntad, expresada a través de sus combates diarios, de conquistar su independencia.

El imperialismo no ha rendido las armas, ni podía crear mejores circunstancias para probar la necesidad de una reflexión común y global de los econo-

mistas del Tercer Mundo sobre los grandes problemas del desarrollo.

En el plano del orden económico mundial, el avance de los pueblos ha quedado por debajo de sus aspiraciones. Al acabar la Segunda Guerra Mundial, surgía la esperanza de un desarrollo armonioso fundado en la emancipación política y en la liberación económica de los pueblos. Esta esperanza, sin embargo, ha quedado frustrada.

La opinión mundial está de acuerdo en afirmar que los treinta últimos años han significado un periodo de crecimiento indiscutible de la economía capitalista mundial. Ha sido generalmente admitido que, aparte de las crisis periódicas inherentes al sistema mismo o deseadas por los gobiernos de los países capitalistas, aquel crecimiento ha llevado consigo un aumento regular del empleo y de las rentas en los países capitalistas dominantes. Los datos estadísticos publicados por estos países indican que el crecimiento de la renta es del 4% anual, también es sustancial el aumento del empleo, aunque crisis periódicas alteren su ritmo.

La creencia generalmente admitida y sabiamente alimentada por esos países fue que el crecimiento sería automáticamente transmitido a los países del Tercer Mundo a través de la inversión internacional, la liberación de los intercambios y la cooperación técnica y científica. Pero ¿qué ha ocurrido en realidad?

Se nos hace saber que, durante el mismo periodo, el aumento de la renta media en los países del Tercer Mundo es del orden del 2% anual; y ustedes saben hasta qué extremo tiene que ser disminuida esta cifra si se tiene en cuenta que

este crecimiento es ampliamente absorbido por las empresas transnacionales instaladas en estos países del Tercer Mundo o por los sectores de población dominantes dentro de la mayoría de estos países. Se nos indica igualmente que en estos países el paro alcanza a casi 250 millones de personas, según la definición más optimista de lo que es un parado. Y se sabe, en fin, la dependencia alimentaria actual y previsible en que se quiere mantener al Tercer Mundo. La transmisión del crecimiento a través de la inversión internacional no se ha llevado a efecto por causa del antagonismo entre los intereses de las empresas transnacionales y los objetivos de una auténtica política de desarrollo. Ni tampoco ha sido realizado mediante la liberación de los intercambios de los países del Tercer Mundo, que deben ser examinados a la luz de estadísticas fiables y no de las publicadas por las instituciones internacionales. Y, finalmente, la cooperación cultural, científica y técnica ha equivalido muchas veces a un mantenimiento disfrazado del *statu quo* colonial o a la instauración de formas neocoloniales de dependencia.

Fuerza nos es, por tanto, constatar que la transformación del orden político internacional no ha acarreado en sí misma la transformación del orden económico internacional.

El debate sobre el nuevo orden económico internacional ha de volver a situarse plenamente dentro de esta perspectiva. Este debate, iniciado hace unos años, se está llevando a cabo ahora en el plano internacional, pero también en el propio seno de los países interesados en el mantenimiento del antiguo

orden económico internacional y de aquellos que están íntimamente convencidos de la necesidad de su destrucción.

Esto quiere decir que dicho debate necesita imperiosamente la movilización de los economistas del Tercer Mundo para la investigación teórica más avanzada, la reflexión crítica más vigilante y, en una palabra, la movilización de la teoría del desarrollo al servicio de los pueblos.

El debate sobre el nuevo orden económico internacional no tiene nada de académico, puesto que ha sido la lucha de los pueblos quien lo ha suscitado y de sus resultados depende la suerte de miles de millones de hombres. No es extraño, pues, que vaya acompañado de maniobras de intimidación por parte de los representantes del antiguo sistema de explotación de los pueblos, de la difusión de análisis supuestamente científicos y de tentativas de división entre aquellos países a quienes un mismo destino ha hecho solidarios.

Para los economistas del Tercer Mundo se trata de adquirir conciencia de sus propias responsabilidades científicas y políticas, de ir más allá de las ideas y las teorías elaboradas, por lo demás parciales o incompletas, y de crear la síntesis del rigor científico con el compromiso político.

Su movilización es una necesidad a la vez científica y política; su tarea no es fácil, ya que exige de ellos un esfuerzo de reflexión continuado y profundo, ya que el orden económico antiguo ha movilizado y sigue movilizando todavía economistas que le sirvan.

Algunas reflexiones sobre la historia

del pensamiento económico nos convencerán de que el orden económico antiguo fue siempre sostenido y sigue siéndolo en la actualidad por el pensamiento dominante de los países avanzados.

Desde los mercantilistas a los fisiócratas, de Adam Smith a Ricardo, el pensamiento económico liberal se movilizó siempre para explicar las condiciones nacionales e internacionales del desarrollo del sistema capitalista naciente. Defiende claramente la inversión internacional y el libre intercambio como medios de desarrollo de este sistema económico y enuncia ya la ideología de que este sistema tiene una vocación internacional civilizadora y portadora de bienestar material.

En los albores del imperialismo, cuando los países de Asia y Africa estaban salvajemente abiertos a la expansión económica del capitalismo, los economistas occidentales volvieron a movilizarse, con Schumpeter a la cabeza, para justificar el capitalismo en nombre de la libre circulación de capitales, de mercancías y del derecho de las naciones occidentales a procurarse un espacio vital para su economía. Fue preciso el nacimiento de un pensamiento militante a principios del siglo actual, para que fueran identificadas las causas y la naturaleza de este imperialismo. Asimismo, el pensamiento económico dominante ha modificado sus teorías para justificar, pasada la gran crisis, la creación de complejos económicos coherentes bajo la tutela monetaria y financiera de las potencias europeas.

Tras la última guerra mundial, la llamada teoría del desarrollo, elaborada por los países capitalistas, toma como

marco invariable de la actividad económica las categorías del sistema capitalista e investiga las vías y medios del desarrollo de este sistema en los países subdesarrollados.

Su carácter normativo, separado del análisis concreto de las relaciones de fuerza nacionales e internacionales, ha conducido al fracaso que ustedes conocen.

Y en fin, en el momento en que se están elevando nuevas voces para reclamar la instauración de un nuevo orden económico internacional, los economistas de los países desarrollados se movilizan para dar a esa expresión el sentido menos revolucionario posible. Por eso, en el nombre mismo del desarrollo, justifican las nuevas formas de división internacional del trabajo; un resultado que tenía que producirse necesariamente, por las nuevas condiciones del funcionamiento del capitalismo a escala mundial.

Será necesario recordar la rapidez y la violencia de su análisis que atribuye el desarrollo de la inflación en los países capitalistas, el origen y persistencia de la crisis económica en ellos, únicamente al alza de precios en los productos de base. Y esto, a pesar de que las estadísticas menos militantes demuestran con claridad el débil efecto de esta alza de precios sobre la coyuntura inflacionista mundial, que es debida a otras causas.

¿Será preciso señalar su empeño por dividir a los países del Tercer Mundo, difundiendo los análisis más discutibles sobre la crisis financiera exterior que experimentan ciertos países del Tercer Mundo, cuando un análisis sumaráfimo de la documentación estadística demuestra que esta crisis financiera es estruc-

tural y debe ser atribuida a la dependencia financiera y alimentaria de algunos de estos países? o ¿será preciso destacar hasta qué extremo mantienen esos economistas el mayor secreto sobre el real funcionamiento de los mercados de productos y los mercados financieros?

Hace bien poco, una asociación de esos economistas se reunía en la capital de un país árabe —actualmente desgarrado— para estudiar las condiciones de “reciclaje” de los excedentes financieros árabes. Lo que tendría que haber hecho era reunirse en Washington o en Bonn en la época dorada para calcular las posibilidades de “reciclaje” de los excedentes financieros americanos o germanooccidentales. Pero claro, en este caso se hablará más bien de haberes exteriores que de excedentes financieros.

Se sabe con qué virulencia fue atacado el análisis global presentado ante las instancias internacionales por los países del Tercer Mundo, con el fin de demostrar que la crisis era la consecuencia de un sistema económico fundado en la salvaguarda exclusiva de los intereses de los países más industrializados. Se esgrimieron toda clase de argumentos para explicar que el orden económico actual será satisfactorio si los productores de materias primas y entre ellos los productores de petróleo, aceptaban “ser razonables”.

Es cierto que, entre los economistas de los países desarrollados se alzaron y se alzan todavía hoy voces progresistas para denunciar esta “traición de los sabios”. La presencia hoy entre nosotros de economistas venidos de esos países, prueba que el pensamiento económico dominante será cada vez más discutido

no solamente desde los países del Tercer Mundo, sino también desde su interior mismo.

Este breve resumen histórico, todo lo rápido que ha sido posible, sirve para mostrarnos que el antiguo orden económico mundial no está dispuesto a abandonar la lucha ideológica en el terreno de la teoría económica, al objeto de anular los esfuerzos de los pueblos por reflexionar sobre su propio devenir económico.

El Tercer Mundo debe contar, por tanto, principalmente con sus propias capacidades de análisis y de respuesta ideológica a una vasta agresión intelectual que se reviste de galas científicas para que se la acepte como expresión de una verdad universal. De ahí la importancia que tiene para él elaborar las doctrinas necesarias a la defensa de sus legítimos intereses.

¿Qué hay en cuanto a teoría económica salida del Tercer Mundo? Lamentablemente debemos comprobar la distancia existente entre el pensamiento político e ideológico del Tercer Mundo y el pensamiento teórico de sus economistas.

En lo político, el Tercer Mundo ha puesto ya y sigue poniendo los jalones de su liberación. Los triunfos conseguidos en Asia, en Africa y en América Latina son indiscutibles, pero la liberación política es una etapa indispensable, la primera, mas no suficiente, para un desarrollo auténtico de los pueblos y de la humanidad.

Al Tercer Mundo le queda todavía por consolidar su independencia política a través de una definición clara de los objetivos y de los medios para su independencia económica.

La historia le ha enseñado y le sigue enseñando todavía lo inútil de sus esfuerzos por el desarrollo cuando no tiene en sus manos el dominio de su poder económico interno. La historia enseñará a todos que la necesaria cooperación entre los pueblos es posible y fructuosa para todos cuando se ha adquirido la independencia económica. Desde este punto de vista, la evolución reciente de la situación internacional ha estado marcada por la aparición y consolidación de pensamientos políticos e ideológicos favorables a la revisión de la estructura actual de las relaciones económicas internacionales. Nos son conocidas las etapas de este movimiento: a partir de 1967, el Grupo de los 77 anunciaba la necesidad de transformar el funcionamiento de la economía mundial para dar un lugar más justo a los países del Tercer Mundo. En septiembre de 1973, los jefes de Estado de 75 países no alineados colaboraron conjuntamente en unos proyectos que expresan las ambiciones económicas del Tercer Mundo y revelan sus razones para vivir y para esperar y luego, el frente de los países del Tercer Mundo, lejos de agrietarse, se ha reforzado intensamente, como lo demuestran los resultados obtenidos y las declaraciones suscritas a propósito de la sesión extraordinaria de las Naciones Unidas sobre materias primas y el desarrollo en mayo de 1974:

- Adopción por parte de la ONU de la declaración sobre un nuevo orden económico internacional (1-5-1974).
- Adopción de la Carta de Dere-

chos y Deberes de los Estados (ONU 12-12-1974).

- Adopción de la declaración final de la Conferencia de Dakar sobre primeras materias (febrero 1975).
- Adopción de la declaración solemne de Argel (marzo 1975).
- Trabajos de la sesión de la ONU-DI de Lima (abril 1975).

Esencialmente el combate de los países del Tercer Mundo se articula en torno a tres exigencias principales:

- La recuperación de los recursos naturales.
- El desarrollo agrícola y la industrialización.
- La denuncia del papel subordinado que desea atribuirse a los países del Tercer Mundo y de las medidas agresivas del imperialismo.

Se han obtenido importantes éxitos. Además de las muy conocidas acciones de la OPEP, los países productores han procedido a la realización de esperadas nacionalizaciones de sus recursos naturales, han creado o reforzado las agrupaciones de países productores para controlar mejor la salida de sus productos en el mercado mundial. Finalmente, en el campo de la lucha ideológica y política se han realizado gigantescos pasos en el transcurso de estos últimos años con la denuncia de la apropiación a buen precio de las materias primas, del papel sumamente limitado de la ayuda al Tercer Mundo, de la ineficacia de los capitales extranjeros y firmas transna-

cionales para realizar los objetivos del desarrollo.

Es evidente que la ofensiva económica de los países del Tercer Mundo ha ocasionado retrocesos del imperialismo. Sin embargo, debemos constatar que estos movimientos políticos e ideológicos de gran envergadura que animan la escena internacional, no han sido acompañados de un movimiento análogo en el campo de la teoría económica. Nos encontramos en presencia de una extraordinaria diversidad de doctrinas económicas dentro de los países del Tercer Mundo. Algunos teóricos continúan preconizando vías de desarrollo que, desde hace tiempo, han demostrado su fracaso. El carácter común de las teorías reside en la creencia de que la inserción en el mercado mundial basta por sí misma para crear un proceso acumulativo de desarrollo.

Otros sostienen aún que las fuerzas internas favorables a la iniciativa privada, bastan para realizar el más rápido crecimiento económico.

Por último, una tercera corriente más utópica, pero también más peligrosa en mi opinión, temiendo los nefastos efectos de un desarrollo de tipo capitalista, llega a preconizar una total ausencia de política de desarrollo. En total, verificamos la ausencia o la insuficiencia de una teoría del desarrollo que unifique a los economistas del Tercer Mundo. Esta situación, teóricamente lamentable, políticamente peligrosa, se explica por las mismas condiciones del subdesarrollo económico y de la dependencia cultural.

La enseñanza económica que refleja, del mismo modo, esta dependencia, con-

cebida a menudo como una tutela cultural, no se apoya suficientemente en la historia para subrayar el proceso del subdesarrollo. Igualmente, vaciada de su contenido histórico, se aferra con dificultades a teorías abstractas sin relación directa con la realidad, cuya explicación supone para garantizar su transformación. Lejos de emitir análisis operacionales, contribuye a difundir concepciones económicas disparatadas y peligrosas. Por su carácter dependiente, constituye, evidentemente, la imagen de la dependencia económica y cultural.

En el terreno de la misma investigación económica, la situación continúa siendo precaria, reflejando la poderosa acción del imperialismo en defensa de sus intereses.

En el momento en que los pueblos reconocen la necesidad de controlar los recursos naturales, deberíamos tener la posibilidad de dominar los mecanismos de control de estos recursos naturales y el funcionamiento concreto de los mercados de productos básicos.

En el momento en que el auténtico desarrollo hace necesaria la movilización real de las finanzas del Tercer Mundo en provecho del Tercer Mundo, todavía conocemos poco sobre el concreto mecanismo de funcionamiento del sistema financiero internacional, como si un velo monetario muy tupido hubiera sido echado sobre la faz de los pueblos.

En el momento en que los pueblos reivindican su independencia alimenticia, la investigación agro-económica continúa siendo demasiado dependiente e insuficientemente militante.

Finalmente, en el momento en que la

producción y el consumo de las técnicas plantean innumerables problemas a los países del Tercer Mundo, la formación de los ingenieros y su propia investigación continúan estando demasiado marcadas por el sello de su universidad de origen, y, de modo insuficiente, por la huella del genio de su pueblo.

Igualmente, podemos subrayar el hecho de que aún ignoren muchos de los criterios óptimos de elección de las inversiones y del incremento de la eficacia económica y social de dichas inversiones en economías en vías de estructuración. En efecto, los mecanismos y los objetivos de inversiones concebidas en los países más industrializados no están por completo comprobados en los países del Tercer Mundo. En este campo, comprobamos la incapacidad de las teorías económicas existentes para explicar algunos fenómenos.

Por supuesto que la situación no es del todo imputable a nuestros economistas y a nuestros ingenieros, pero resulta conveniente recordar aquí a fin de suscitar la reflexión, que no sin sorpresa podemos comprobar que ningún economista, ni ninguna institución investigadora de los países del Tercer Mundo, haya podido oponer rápidamente un análisis serio a las falaces tesis de que hablamos antes.

Es forzoso comprobar que nuestros economistas estuvieron retrasados respecto a los hombres políticos y a los periodistas, que son el remordimiento de la vida pública.

Pero vuestros trabajos no deben limitarse, por supuesto, al levantamiento de un acta pesimista, que algunos podrían creer oscurecida a propósito para

suscitar la reflexión y abrir la discusión. No quisiera, por mi parte, sustraerme a mis responsabilidades. Me permito, pues, ofrecer a vuestra apreciación algunas reflexiones con respecto a este tema; obtenidas de una dura experiencia y vividas en el combate diario por el desarrollo.

En primer lugar, las teorías del desarrollo siguen y seguirán adoleciendo de falta de claridad sobre el concepto mismo de su objetivo. No es, entonces, sorprendente verificar la dificultad que tienen para unificarse, incluso en la hipótesis, por desgracia poco frecuente, de que estas teorías del desarrollo hayan salido de nuestros países.

Desechemos rápidamente la definición irreal que asimila el desarrollo al crecimiento de un indicador cuantitativo único, tal como el producto monetario. Cuántos países se han hallado en peligro cuando la coyuntura mundial frenó o anuló sus exportaciones, que inflaban desmesuradamente sus productos nacionales brutos. Cuántos países estadísticamente colocados a la cabeza de los países del Tercer Mundo por el hecho de un indicador económico cualquiera, cuya población comprende: parados, hambrientos y niños analfabetos, al par que reina en los mismos una desigualdad social escandalosa. Desde ese momento, es posible asimilar el desarrollo al incremento de la productividad del trabajo de todas las personas en edad y en disposición de trabajar y a la utilización de los frutos de este incremento para satisfacer las necesidades de las masas. Porque... ¿qué nivel social, qué libertad política se pueden adquirir en la indigencia material?

¿En qué condiciones es posible este tipo de desarrollo? Primero y ante todo, por la recuperación de los recursos naturales. ¿Qué más justo que poner los recursos del suelo y del subsuelo a la disposición de la población que vive en este suelo? Para que sea eficaz, esta acción debe continuarse con un dominio de los precios de comercialización, especialmente por la creación de asociaciones de productores. Una transformación agraria profunda y un dominio de la explotación del subsuelo se convierten en elementos indispensables de una auténtica política de desarrollo.

En segundo lugar, el total dominio interno del poder económico y las condiciones de una elección justa de los sectores a desarrollar prioritariamente. El desarrollo es una tarea demasiado urgente para que se permita el menor error; éste es menor cuando la intervención extranjera se reduce a su más simple expresión.

Finalmente, porque posee una vocación global, el desarrollo se impone la subordinación de los intereses privados, particulares, a los intereses nacionales de la colectividad.

Las luchas de independencia nacional han demostrado la capacidad de los pueblos para unificarse contra las formas externas de dependencia. Las luchas de independencia económica demostrarán la capacidad de los pueblos para hacer que prevalezcan los intereses generales sobre los intereses particulares.

En el plano sociopolítico, estas condiciones económicas se resumen en una participación cada vez más activa de los trabajadores en asunción de decisiones económicas.

Definir los medios de realización de estas condiciones corresponderá al genio de cada pueblo. Los reajustes pueden ser dolorosos y costosos los adaptaciones, pero son indispensables.

Entonces, pero sólo entonces, las vías del desarrollo, su contenido, pueden ser concretamente precisas. En el plano estrictamente económico se impone la clara definición de las necesidades sociales por satisfacer: la elevación de la capacidad nutritiva de la agricultura, el establecimiento de una adecuada industria de transformación, para satisfacer las necesidades de las masas, son paralelas a la necesidad de una educación y de una formación masiva, así como la extensión de la cobertura sanitaria del país y la garantía de solución a las necesidades fundamentales.

El contenido del desarrollo es también la definición consecuente de los sectores de actividades por promocionar. En este marco, no insistiremos nunca lo suficiente sobre la urgencia de políticas agrarias dinámicas que regulen definitivamente la propiedad de la tierra.

Las reformas agrarias profundas constituyen el único camino de la elevación de la productividad de la agricultura, el crecimiento simultáneo del nivel de vida del campesinado y de la emergencia de éste a la vida moderna. Los feudalismos y las burguesías agrarias constituyen obstáculos para el desarrollo, en el sentido exacto en que apartan a la mayoría de nuestros pueblos de los caminos que dan acceso a la dignidad humana. Deben desaparecer también en el nombre de la eficiencia económica. Este es el precio de la autosuficiencia alimenticia del Tercer Mundo.

En la esfera industrial se impone igualmente una definición clara de los sectores por promocionar. La teoría económica y la experiencia histórica nos enseñan que el sector industrial debe, para desarrollarse armoniosamente, organizar sus acciones de productividades en relación directa con el desarrollo de la agricultura y la promoción de sectores económicos útiles, es decir, que satisfagan las necesidades de la mayoría de la población.

La opción es difícil, e incluso peligrosa. Sin embargo, nos parece un error demostrar un exceso de prudencia y limitarse a las industrias de transformación manufacturera, porque así la dependencia, en relación con el capitalismo internacional, sería perpetuada y las condiciones del despegue económico no se crearían nunca. El desarrollo económico pasa por el establecimiento de industrias de base. Ello sólo es posible en la medida en que la industrialización se apoya en la transformación local de los recursos naturales del país; este camino permite el acceso a tecnologías diversificadas que abarcan el conjunto de los sectores de producción industrial; además, es el único que garantiza el dominio de los procesos de producción, desde las operaciones de transformación de base hasta los productos acabados más elaborados. La industrialización sólo es real en la medida en que se marca como objetivo dominar las diferentes fases de la producción.

Por último, debe definirse la más clara política en materia tecnológica. Todos tenemos conciencia ahora acerca de las diversas formas a través de las cuales el sistema dominante trata de mantener

bajo su dominio las más auténticas experiencias del desarrollo, merced a la indiscutible superioridad adquirida por aquél en el plano de la producción tecnológica. Estos productos tecnológicos que nos vende son, colmo de paradoja, aquellos mismos que le ayudamos a producir en su propio feudo con los millares de sabios y de investigadores salidos de nuestros países y que nosotros no hemos podido o querido movilizar al servicio de nuestros pueblos.

El Tercer Mundo debe, en razón misma de las esperanzas que representa en pro de la humanidad, alcanzar este objetivo digno del hombre: *transformar la ciencia en cultura* y no perpetuar esta división inadmisible en la cual algunos inventan para que otros realicen.

Se nos ha formulado un reto: a nosotros nos corresponde promover formas adecuadas de consumo de estas tecnologías producidas en otros lugares. Pero, esto es sólo una etapa. Nos corresponde sobre todo, promover nuestra propia producción tecnológica, la más adaptada a las esperanzas de nuestras políticas de desarrollo. Unos pueblos han señalado ya el camino. El proceso de desarrollo acelerado no es, sin duda, el camino fácil. Del mismo modo que Europa realizó su revolución industrial en condiciones dolorosas, impuestas a las clases trabajadoras, igualmente el desarrollo real del Tercer Mundo es posible a condición de que se acepten las rigurosas medidas que imponen esta opción, una planificación que moviliza recursos humanos y materiales máximos, una política de consumo lo más cercana posible a la de las clases más desheredadas. No puede existir desarrollo sin

austeridad y sin la movilización de sus propios medios. Contar consigo mismo, tal es el lema que es indispensable seguir cuando se quiere, seriamente, iniciar el desarrollo.

Es preciso insistir, a este nivel, en la necesaria educación de nuestra población y en la movilización de sus cuadros mediante una formación técnica y política adecuada. Formación y práctica social son paralelas. Son la garantía de la elevación del nivel cultural de todos.

He aquí, esquemáticamente presentadas, lo que me parece ser algunas exigencias de una política de desarrollo. Esta no excluye, por el contrario, las posibilidades de cooperación fructífera. Constituye incluso una condición previa.

Hasta ahora, la cooperación entre los países del Tercer Mundo ha tenido un alcance muy limitado a causa de su profunda inserción en el mercado capitalista mundial. Su desarrollo real precisa de una ordenada ruptura con este mercado. La utopía no consiste en considerar esta ruptura como imposible, sino más bien en creer que un real desarrollo puede realizarse dentro del mercado mundial capitalista, o sea, en la dependencia.

En esta tarea global, el papel de los economistas del Tercer Mundo debe situarse con toda claridad.

El dinamismo de la propaganda económica capitalista es evidente, sabiamente movilizó hasta su más alto grado el potencial intelectual de estos países; basta recordar la actitud parcial adoptada por determinados premios Nobel de economía.

Se impone una contraofensiva de los economistas del Tercer Mundo: ésta debe llevarse a cabo en distintos niveles. En primer lugar, la refutación sistemática y rápida de los estudios difundidos, incluso en nuestros países, para debilitar nuestra causa. Pero esto es sólo uno de los aspectos de la lucha. Esta debe desarrollarse primero a través de una movilización pedagógica: conviene que a nuestros estudiantes de economía se les inculque la fe en nuestras propias fuerzas teóricas, la necesidad de la investigación y de la crítica, el sistemático replanteamiento de las teorías discutibles en un plano científico y marcadas por la huella del compromiso junto a las fuerzas de conservación, en una palabra, la posibilidad de una reflexión económica autocentrada y militante.

Esta movilización científica debe ser alimentada constantemente: la elaboración de trabajos de economía hechos en conjunto, la definición y la preparación comunitaria de investigaciones económicas en todos los campos, encuentros más frecuentes entre especialistas de la materia, publicación en común, constituyen las garantías de un estímulo constante de las luchas teóricas e ideológicas, que cada uno de nosotros lleva a cabo en su propio país.

Y, por encima de todo, hay que imponerse en principio y con claridad la conciencia de la importancia del problema: la estructuración del nuevo orden económico internacional no podría limitarse a refundir el antiguo.

El nuevo orden económico internacional debe ser obra de nuestros pueblos. En la definición, defensa y consolidación de este orden, los economistas

desempeñan un papel primordial y motor. La historia enseña que algunas veces los intelectuales han estado en la vanguardia de los movimientos revolucionarios, pero que los pueblos en lucha por un mundo mejor, a menudo han sufrido la traición de los hombres de letras.

Hoy día, en este combate de dimensiones planetarias, los pueblos esperan que sus universitarios asuman totalmente sus responsabilidades; los intelectuales del Tercer Mundo no deben minimizar la batalla de las ideas y la necesidad de oponer a las ideologías del estancamiento y de la explotación una ideología del progreso en beneficio de los pueblos menos protegidos, y, por lo tanto, un beneficio de toda la humanidad.

Que nuestros universitarios tomen conciencia del carácter crucial de la fase actual, cuyo desenlace decidirá el futuro de nuestros pueblos: que los institutos de investigación, los laboratorios, las universidades, se transformen en otras tantas fortalezas y centros de creación y difusión de ideas que expresen y apoyen los intereses de los pueblos del Tercer Mundo. Debe definitivamente borrarse de nuestros espíritus el complejo de la tutela intelectual. Será sólo a través de su autosuperación como nuestros investigadores estarán a la altura de sus responsabilidades y de las circunstancias dramáticas que conocen nuestros pueblos.

Deseo que esta Conferencia sea no sólo una ocasión para un amplio intercambio de ideas, sino también el punto de partida de acciones concertadas. Un esfuerzo de reflexión continuo, colecti-

vo y organizado permitirá una rápida maduración de las ideas; el desencadenamiento de una reacción constante que pueda garantizar la máxima eficacia de esta ideología común del progreso, ya comenzada, que debe ser profundizada y clarificada. El nombre y la calidad de los participantes de esta Conferencia constituyen suficientes augurios de su éxito y de la continuación de los debates y reflexiones iniciadas, gracias a una cooperación cuyo marco se podría definir.

Por mi parte, estoy convencido de que, con su presencia en esta Conferencia, cada uno ha querido marcar no sólo el interés científico que concede a sus temas, sino también su compromiso y su voluntad de contribuir al éxito de sus trabajos. Así, persuadido de que los debates que van a comenzar estarán a la altura de las esperanzas de los pueblos del Tercer Mundo, declaro inaugurado el PRIMER CONGRESO DE LOS ECONOMISTAS DEL TERCER MUNDO.

INTERVENCION DE DAO VAN TAP Delegado de Vietnam

Señor presidente.
Señoras, señores.

En nombre de la delegación de los economistas vietnamitas, presento a los participantes en el Primer Congreso de los Economistas del Tercer Mundo mis calurosos saludos. La realización de este Congreso es no sólo una contribución importante a la lucha de los países y pueblos del Tercer Mundo por su libertad económica, sino también un lugar privilegiado en donde intercambios y debates entre maestros e investigadores de las ciencias económicas, abrirán nuevas perspectivas de colaboración y de unión más estrechas y más fructíferas entre ellos. El hecho de que este Congreso haya sido reunido sobre una base tan amplia, prueba igualmente que la lucha por la liberación económica del Tercer Mundo debe apoyarse en la unión

de todas las fuerzas revolucionarias de nuestra época. Precisamente en tal sentido el Primer Congreso de los Economistas del Tercer Mundo reviste un significado político importante.

Una de las problemáticas, indudablemente crucial, de las sometidas a los debates de dicho Congreso, concierne a la estrategia de desarrollo de los países del Tercer Mundo. Nada tiene esto de sorprendente, cuando se tiene la conciencia de que el desarrollo de toda nación, de todo país del Tercer Mundo, constituye la condición fundamental para adelantar con éxito la lucha de liberación nacional así como aquella de la instauración de un nuevo orden económico internacional. En efecto, asegurando el desarrollo interno se hace posible utilizar con el máximo de eficacia la ayuda internacional evitando las trampas de la dependencia económica ante